

Aquella arpa de Bécquer

A veces se cita como posible fuente de inspiración para Bécquer la traducción del "Intermezzo", publicada en 1876 en el mismo "Museo Universal". Pero en 1867 Gustavo Adolfo había publicado ya once de sus Rimas, y algunas entre ellas de las más característicamente suyas. La traducción del "Intermezzo" no pudo, desde luego, más que reinfluir, consolidar un gusto ya despierto; por otra parte, es muy posible que Bécquer hubiera leído la traducción francesa de esta obra. Reduzcámonos, pues, a la consideración de los dos esenciales indicios de las relaciones entre ambos poetas: las traducciones de Eulogio Florentino Sanz, de 1853, y la declaración de Bécquer al frente de la obra de Ferrán, en 1861.

Conviene esclarecer antes lo último: el alcance de la teoría de Bécquer y su cita de Heine en la reseña de "La soledad" de Augusto Ferrán. Voy a citar las palabras de Bécquer con alguna extensión, porque, aparte del interés que ofrecen para nuestro caso, no son aún todo lo conocidas que merecen, y prueban que Bécquer no era sólo un gran poeta a la buena de Dios, sino un crítico de visión agudísima, el primero, y tal vez el mejor, de su propia obra:

"Hay una poesía magnífica y sonora; una poesía hija de la meditación y el arte, que se engalana con todas las pompas de la lengua, que se mueve con una cadenciosa majestad, habla a la imaginación, completa sus cuadros y la conduce a su antojo por un sendero desconocido, seduciéndola con su armonía y su hermosura.

Hay otra naturaleza, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra y huye, y desnuda de artificio, desembarazada dentro de una for-

ma libre, despierta con una que las toca, las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía.

La primera tiene un valor dado: es la poesía de todo el mundo.

La segunda carece de medida absoluta; adquiere las proporciones de la imaginación que impresiona: puede llamarse la poesía de los poetas.

La primera es una melodía que nace, se desarrolla, acaba y se desvanece.

La segunda es un acorde que se arranca de un arpa, y se quedan las cuerdas vibrando con un zumbido armonioso.

Cuando se concluye aquélla, se dobla la hoja con una suave sonrisa de satisfacción.

Cuando se acaba ésta, se inclina la frente cargada de pensamientos sin nombre...

Las poesías de este libro —es decir, "La Soledad", de Ferrán—, pertenecen al último de los dos géneros, porque son populares, y la poesía popular es la síntesis de la poesía...

..... el pueblo da a la expresión de sus sentimientos una forma especialísima.

Una frase sentida, un toque valiente o un rasgo natural le bastan para emitir una idea, caracterizar un tipo o hacer una descripción.

Esto y no más son las canciones populares.

Todas las naciones las tienen.

Las nuestras, las de Andalucía en particular, son acaso las mejores.

En algunos países, en Alemania sobre todo, esta clase de canciones constituyen un género de poesía.

Goethe, ese Schiller, Uhland, no se han desdeñado de cultivarla; es más, se han gloriado de hacerla".

Bécquer ha definido aquí, antes que nada, su propio arte. No nos dejemos engañar por apariencias: es necesario leer al trasluz; pero si lo hacemos así, no nos equivocaremos. Lo esencial en las palabras de Bécquer es la distinción entre la poesía pomposa, adornada, desarrollada, y la poesía breve, desnuda, desembarazada en una forma libre, que roza un momento y huye, "y se quedan las cuerdas vibrando con un zumbido armonioso". Toda nuestra poesía —no popular— anterior a Bécquer, lo mismo la clásica que la romántica, pertenecía al primer tipo, y el gran ha-

ilazgo, el gran regalo del autor de las Rimas a la poesía española, consiste en el descubrimiento de esta nueva manera que sólo un roce de ala despierta un acorde en lo más entrañado del corazón y, la voz ya extinguida, lo deja —dulce diapasón conmovido— lleno de resonancia. Aguda, aunque vagamente, relaciona el poeta su propia poesía con la popular, al definir el carácter sintético de esta última e incluirla dentro del mismo grupo. Este deslinde es, pues, el punto de partida para Bécquer: lo esencial de su posición crítica. Ferrán no ha sido más que la ocasión, el pretexto, para expresar una fundamental idea. Si tomamos como punto de partida para comprender sus palabras a Ferrán y a los poetas alemanes citados por el español, caeremos en error. Porque a éstos no hace sino incluirlos en una categoría general. Si nos fijamos en los nombres alemanes, Goethe, Schiller, Uhland, Heine, juzgaremos que piensa principalmente en la poesía narrativa de tipo más o menos popular, balada, romance etc. Pero ésta no es más que la última ramificación a la que Bécquer obliga a amoldarse en una de las dos casillas de la clasificación general. No, no: Bécquer arrancaba de esa linde tan claramente señalada por él: allí se fundaba aquel día, en concepto, la nueva poesía española, que Bécquer había ya— el primero— realizado en la parte mayor o menor— no lo sabemos— de sus rimas que pudiera estar compuesta por entonces; de esa divisoria de las aguas, así fijada genialmente, arranca (salvado Núñez de Arce y salvado Rubén Darío) toda nuestra contemporánea poesía. Cuando Juan Ramón Jiménez dice:

**Yo voy detrás de una copla
que había por el sendero....**

está desde luego sostenido por un soterrado calor de suelo de España; ¿pero acaso no se halla dentro del ámbito de resonancia de la música de Bécquer? Cuando Antonio Machado exclama:

Desde el umbral de un sueño me llamaron....,

¿quién duda que ese entrevisto trasmundo, muerte o sueño, nace en poesía española en Gustavo Bécquer? Más aún: al relacionar Bécquer —el enamorado de las cosas de España— su propia poe-

sía y la popular, ¿no está vagamente profetizado lo que había de ocurrir en nuestros días, cuando las dos zonas —Bécquer, lo popular— por último se habían de fundir en una sola voz? ¿Cuando se quiera explicar el mejor Alberti —y aun una parte de Lorca—, no pasará por nuestra imaginación, detrás de la idea de la poesía popular— y mezclada con los otros elementos—, la sombra de la poesía de Bécquer? Y la voz será remansada y dulcemente dolorida —Manuel Altolaguirre— o nostálgicamente blanca y finísima —Luis Cernuda—, o se encrespará hasta el torbellino, como la del penúltimo Alberti, y más aún, la de Aleixandre. La sombra de Bécquer, más cerca, más lejos, estará siempre al fondo. Y no es que estos poetas hayan siempre pensado en Bécquer, o hayan sentido su influjo, ni es necesario que se pueda probar históricamente una tradición no interrumpida desde Bécquer a ellos: es que viven en una atmósfera, en un clima poético que sólo la genial experiencia de Bécquer alumbró e hizo habitable para los españoles.

DAMASO ALONSO